

La Iglesia: morada de Dios con los hombres

TEMA 1

Misión de la Iglesia y Doctrina Social de la Iglesia

«La Iglesia, participe de los gozos y esperanzas, de las angustias y tristezas de los hombres, es solidaria con cada hombre y con cada mujer».

Compendio de Doctrina Social de la Iglesia, 60.

Conocía a Esther y nos apuntamos unos cuantos a confirmación en nuestra parroquia. El animador de Esther, Nico, nos iba invitando a cosillas de un movimiento cristiano y pronto recibí el mazazo cuando, sin tener comida en un encuentro, me dieron varios un

trozo de su bocadillo. “¿Y tú que crees que es eso de los panes y los peces, chaval?”. El milagro estaba hecho, Jesús era posible y acababa de aterrizar en mi vida.

Fernando

1

Fermentar y fecundar la sociedad con el Evangelio

La Iglesia es un ser viviente y, como tal, debe estar en constante renovación, esforzándose en responder a las preguntas del momento, a las preocupaciones y búsquedas del hombre de hoy. Son muchas las dificultades, no hay duda que vivimos tiempos invernales en la Iglesia. La contemplamos, a veces, doloridos, a veces, llenos de esperanza. Pero esta es la realidad de esta Iglesia que intenta encontrar su lugar en una sociedad nueva a la que se quiere anunciar el Evangelio con fidelidad y credibilidad.

Para nosotros, como laicos, debe de ser un desafío llegar al corazón de la masa y ser fermento en ella, tanto en nuestras palabras como sobre todo en nuestra forma de ser y actuar. La situación del mundo nos interpela como comunidad cristiana «Tiene pues, ante sí la Iglesia al mundo, esto es, la entera familia humana con el conjunto universal de las realidades entre las que ésta vive; el mundo, teatro de la historia humana, con sus afanes, fracasos y victorias» (*Gaudium et spes*, 2).

¿Y cómo y dónde enfrentar este desafío? Encarnándonos en nuestros ambientes, siendo necesaria la denuncia de todo aquello que deshumaniza y mercantiliza al hombre y no siendo cómplice de las estructuras de ese pecado con nuestro silencio, ese que casi todos condenamos, pero al que contribuimos con nuestra pasividad para que se fortalezca. Por ejemplo, pensando en nuestro trabajo, -cómo puedo yo contribuir a esto-, o en nuestra forma de consumir, en nuestro estilo de vida, en nuestras relaciones y actividades de ocio...

Tomar conciencia de la realidad conduce a los creyentes a denunciar todo lo que desfigura al ser humano y le impide asumir su vocación. «La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia» (GS 1). Al mismo tiempo, lleva saber discernir el fondo bueno que brota del mismo mundo.

2

Evangelización y promoción humana

La vocación de la propia Iglesia es testimoniar con la propia vida que el Evangelio es la forma más plena de humanidad. Es un pecado de omisión pasar por la historia pasivos ante la realidad de los que sufren, cruzándonos de brazos y buscando mil excusas. Nuestro testimonio, compromiso y conversión contribuyen a la transformación de la sociedad en la línea del Reino de Dios. «La Buena Nueva debe ser proclamada en primer lugar, mediante el testimonio» (*Evangelii nuntiandi*, 21).

El Reino de Dios resulta una novedad absoluta en relación con el progreso humano. Pero ya está actuando, hoy, ahora, por la acción del Espíritu, en nuestra acción temporal, en la línea del progreso cultural, científico, económico. Si tenemos fe en que la gracia de Dios es más poderosa que el mal, hemos de pensar que el bien realizado en el mundo por obra del Espíritu tiene peso y arrastra a los seres humanos a una justicia mayor, una libertad más amplia, una paz auténtica. Cada mejora de las estructuras tiene en sí misma un valor espiritual, es una aproximación al Reino de Dios: «Pues no me avergüenzo del Evangelio, que es fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree» (Rm 1, 16).

3

Derecho y deber de la Iglesia

«La Iglesia tiene derecho de ser para el hombre
maestra de la fe;
no solo de la verdad del dogma, sino también de la verdad moral
que brota de la misma naturaleza y del Evangelio».

Según el papa Francisco en *Evangelii gaudium* la Iglesia ha de ser:

- Una iglesia en salida. Una iglesia que se enriquece con la participación y la vida de los otros.
- Comunidad visible y de acogida, una casa para todos, en un auténtico testimonio de amor.
- Iglesia que acompaña. El amor acompaña y hace común todo lo que tiene, se da comunicándose con el otro. Un acompañamiento entregado y misericordioso se convierte en una invitación a la fe. Cuando nos hacemos cargo de nuestros hermanos estaremos anunciando y haciendo presente el Evangelio.
- Iglesia en las periferias del mundo, en busca y encuentro con los descartados de este mundo. En definitiva, la opción preferencial por los pobres.
- Celebración comunitaria y comprometida de la fe, sabiendo que es el Padre quien toma la iniciativa, respetando la libertad y vocación de cada miembro, pero todos llamados al servicio, un mismo cuerpo con distintos miembros.

4

Un mensaje para los hijos de la Iglesia y para la humanidad

«Todos tenemos
responsabilidades sociales que asumir».

Compendio de Doctrina Social de la Iglesia, 83.

Nos dice el papa Francisco: «No nos preocupemos sólo por no caer en errores doctrinales, sino también por ser fieles a este camino luminoso de vida y de sabiduría. Porque «a los defensores de “la ortodoxia” se dirige a veces el reproche de pasividad, de indulgencia o de complicidad culpables respecto a situaciones de injusticia intolerables y a los regímenes políticos que las mantienen» (*Evangelii gaudium*, 194). Por eso estamos llamados a:

- Cuidar de la fragilidad.
- Ser pequeños, pero fuertes por el amor de Dios.
- Al encuentro personal con el Dios que nos salva.
- A la apertura al misterio cristiano, ser cristiano es más que una ética.
- A valorar que lo importante no es solo lo que se hace sino por qué y cómo y con quién se hace.

La Iglesia defiende que la figura de Cristo es aquel que transforma la condición humana, saliendo al encuentro del otro y tocando a Cristo en el que sufre.

«Cristo es Salvador porque ha asumido nuestra humanidad integral y vivió una vida humana plena, en comunión con el Padre y con los hermanos» (*Placuit Deo*, 11).

Para la reflexión

1. Aclaremos las dudas, profundizemos en lo que significa para nosotros que la Iglesia sea morada de Dios en el mundo.

2. Comentamos situaciones, en las que hayamos experimentado que la iglesia es solidaria con cada hombre y con cada mujer.

3. La espiritualidad no es una fuga del mundo, que huye del compromiso transformador. ¿Qué podemos aportar nosotros para que esta espiritualidad impregne los pequeños gestos cotidianos?

4. Compromisos concretos, que nos lleven a vivir la dimensión celebrativa de la vida.

“¡Señor! ¡Consérvame la cólera!

Oración por la cólera y el amor

Que ante la injusticia, mi corazón se rebele.
Que sienta en mi alma la rabia del orden que tapa el desorden.
Que me sienta capaz de luchar.
Que pueda, en cualquier tiempo, coger el látigo
y arrojar a los mercaderes del templo.
Porque tu templo no es sólo la Iglesia. ¿No se lo dijiste a la samaritana?
Tu templo son las fábricas, los despachos, los talleres
- el lugar desde donde te rezamos -.
Y hay hombres que han convertido la casa de Dios en cueva de ladrones.
Que me sienta capaz de vencerlos.
No permitas, Dios, que me resigne.
Porque resignarse es declararse vencido.
Y sólo ante Ti debemos declararnos vencidos. Ante nadie más.
Y nunca ante los sembradores de iniquidad.
¡Señor! ¡Purifica mi cólera!
Que en mi ira no piense en mí,
sino en la gloria del Padre y en mi prójimo.
Como Tú lo hiciste.
Como fue tu ejemplo:
constante rebelado, compañero de los hijos del trueno,
venido a sembrar guerra y no paz,
sumiso al Padre y muerto por amor a tus hermanos.
Que me sienta yo, como Tú, capaz de vivir y morir por mis hermanos.
Que no piense que soy yo quien lucha, sino nosotros.
Que no piense que soy yo quien te reza,
sino que en mí confluye el grito de los oprimidos.
Porque la cólera por causa "mía" lleva al odio;
la cólera por «nuestra» causa conduce **al amor**.
¡Señor! ¡Dame el amor!
Dame el amor, Dios, para que mi cólera no sea obra de infierno.
Que mi cólera sea amor a mis compañeros.
Que mi cólera sea amor a todo el pueblo desheredado.
¡Pobre pueblo, oprimido siglo tras siglo!

Que mi cólera sea pasión con ellos:
la «compasión» auténtica, fuerte y viril.
Que mi cólera sea también amor al enemigo;
al pobre, al desgraciado sembrador de injusticias,
al que ha derribado tu altar y en su lugar ha fundido un ídolo de oro.
¡Dios!. ¡Apiádate de él y, por su bien, ilumínale! ¡Que te conozca!
Que mi cólera no sea contra los hombres, sino contra su mal.
Que no sea odio.
¡Señor!. Tú sí, porque Tú sabes qué quiere decir esa palabra:
¡Dame Tu caridad!”

Guillermo Rovirosa

Del libro de los Hechos de los apóstoles

2, 44-46

Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno. Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón.

